

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



VALEKA

Valeka, "la de las trenzas libertarias" como le decía su abuela, tenía 15 años y la tarde del viernes se le había pasado ayudando a su familia a preparar los tejidos y la comida para llevar e intercambiar. Tuvo que bañarse durante la noche helada. El frío de la puna se hace casi insoportable fuera de casa. No quería pero debía, no había opción. Llenó el pequeño calefón eléctrico, lo encendió y esperó, trató de pensar en cosas que le dieran calor pero no era suficiente.

El pequeño chorrito de agua caía sobre su cabeza de rulos motosos y negros como esa noche que se apoderaba de todo allá afuera. Logró un tiempo record. Salió de la ducha, se cambió y se instaló en la cocina cerca del horno que todavía seguía encendido cocinando los últimos panes para el día siguiente.

Desde pequeña había sido parte de ese ritual: preparar los productos para intercambiar con otras familias, con otras comunidades. Llegar tempranito junto con el sol a instalar sus aguayos coloridos, sus ropas tejidas. Llenar su mirada de otros colores, no tan ocres como el paisaje que la rodeaba a diario en su pueblito.

Anatas y queñas, cajas y charangos, coplas, regateos, conversaciones que mezclan el quechua y el español quiebran el silencio de la Puna, su paisaje agreste se va tiñendo de colores. Esto ocurre desde tiempos ancestrales a partir del tercer sábado de octubre.

El marrón del altiplano y sus ollas de barro contrastan con los coloridos tejidos y sombreros. Las frutas de los valles de mil colores, chocan con los tonos tierra de las semillas puestas en canastos. El brillo de las filigranas impacta contra el verde oscuro de los yuyos de los curanderos. Tejedoras, sembradores, pastores, alfareros, joyeros, curanderas, copleras y tantos más hacen que la diversidad de saberes, de lenguas, de expresiones confluyan en ese lugar ancestral, que desde tiempos de la colonia es el escenario del encuentro, de intercambios, de coplas, bailes y romances furtivos: la Manca Fiesta.

A Valeka una de las cosas que más le gustaba era ver las curanderas, la mayoría hacía su trabajo a la vista de todos, menos doña Margarita. Una viejita de estatura pequeña, piel color canela, arrugas hasta en las manos, cabello corto, color negro y ondulado. Armaba su "puesto" con un gacebo, de esos que tienen paneles a los costados y arman una especie de "casita", era la que más curiosidad le despertaba a la joven. La veía salir del gacebo, sacudir un paño rojo al viento cada vez que "limpiaba" a alguien y volvía a entrar, al ratito la persona limpia salía del puesto, a veces con cara de preocupación otras de alegría.

Doña Margarita, no cobraba, trabajaba "a voluntad". Había una mesa pequeña cubierta con un mantel blanco, en la esquina un altar armado con cajones de madera y sobre ellos un cuadro con la imagen de Jesús, rodeado de estampitas de santos y figuras de yeso de vírgenes y del Gauchito Gil. Rosarios y velas de distintos colores sin encender completaban el altar.

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



Doña Margarita inició su trabajo con una oración, la susurra. Le cuenta a Valeka que la fe es la medicina para el alma y que los asuntos del alma afectan al cuerpo.

Mezcló distintos polvitos de colores y los echaba sobre las brasas que ardían en un tarro pequeño y la sahumó. El perfume era exquisitamente suave, dulce. El humo sacó lágrimas de los ojos de la joven. Luego la curandera, se paró detrás de Valeka, tomó su cabeza por los costados con ambas manos y acercó su boca al centro, succionó más de una vez y luego escupió sobre un papel pequeño y lo envolvió.

Extendió el trapo rojo que sobre la mesa y sobre él dejó caer cinco piedritas de color blanquecino, parecidas a esas que están en el río.

Le dijo a Valeka que se iba a enamorar, que en su vida nunca iba a faltarle trabajo y que era una persona sana y fuerte. Valeka escuchaba. La curandera tomó el trapito rojo, salió de la carpa y lo sacudió al viento, mientras murmuraba palabras que no se podían identificar. Luego Doña Margarita tomó una vela color rosa y con un clavo grabó el nombre de la joven en ella, la guardó. Dicen que en días especiales las curanderas hacen rezos por las personas que curaron y encienden las velas, para que sean protegidas por los buenos espíritus, por dios.

El domingo por la tarde lo vio entre la multitud. Tendría unos 17 años, caminaba erguido entre la gente. Eso le llamó la atención, su caminar erguido iba en contrario a lo que ella había estado acostumbrada a ver en los hombres de su comunidad que por lo general caminaban bajito, como le decía su abuela.

Él era distinto. No era sólo su altura sino el modo de moverse, la seguridad al hablar con palabras sencillas y claras. Su sonrisa siempre atenta hacia todas las personas. Nunca bajaba la mirada, la dirigía a los ojos de quien se acercara a hablarle para ofrecerle sus productos y trocarlos por las hojas sagradas, hojas de coca.

El viento norte había dejado de soplar y el frío de la puna se instalaba sobre el campamento. Sus ojos lo volvieron a encontrar detrás de unos canastos de hojas de coca, lo vio acurrucado en sus propios brazos para darse calor.

Ella tomó de entre los pulóveres que habían llevado ese que era el primero que había tejido completamente ella sola.

Dudó, daba pasos pequeños que la acercaban hacia él, llevando el pullover en sus manos detrás de su espalda. Él encontró esa mirada que se acercaba temerosa pero a la vez segura.

Vio que sus manos se extendían ofreciéndole abrigo. Era el primero que ella había tejido y el primero que él había recibido, nuevo, sin uso.

Quedaron mudos uno frente a la otra. Solo el gesto de entrega de ella hacia él. Él dudó, pero el frío se hacía cada vez más intenso. Lo recibió. Le quedaba muy bien.

- No tengo nada para entregarte a cambio.

- Si tiene -dijo ella con voz temblorosa- Ud. Tiene mi primer beso en su boca.

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba



Secretaría
de Extensión
Universitaria



Puntos de
Extensión
UNC

SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



A lo lejos una copla sonaba al compás de las cajas

"Mañana por la mañana
va a correr un viento frío,
no le echés la culpa al viento
que son los suspiros míos"*.

*cancionero popular.

- Karina Cocha -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad
Nacional
de Córdoba

